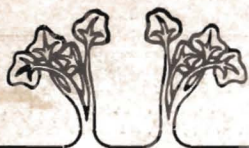


56
a 867a
C.R.



Tomo IV

Núm. 7

ATHENEAE

REVISTA QUINCENAL

Director:
ROGELIO SOTELA



SUMARIO:

CAMILO CRUZ SANTOS.....	<i>Rogelio Sotela</i>
EL HERMANO MENOR.....	} <i>Camilo Cruz Santos</i>
LA GLORIA.....	
EL BESO DE LA ESFINGE.....	
JOSÉ EUSTASIO RIVERA.....	} <i>José Eustasio Rivera</i>
TIERRA DE PROMISIÓN.....	
NOTAS QUE AGRADECEMOS.....	



IMPRENTA NACIONAL
SAN JOSE - COSTA RICA
1920



LIBRERIA ESPAÑOLA
IMPRENTA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE

De doña María vda. de Lines

Teléfono 38 **SAN JOSE y CARTAGO** Aptado. 314

Acaba ee recibir la última producción del notable escritor argentino Hugo Wast, titulada *Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre.*

La mejor que se ha escrito hasta la fecha

Un tomo rústica..... € 5.00. Por correo..... € 5.40

DIRECTORIO PROFESIONAL

CLODOMIRO SALAS CASTRO

ABOGADO Y NOTARIO

Despacha en los altos de la Botica de San José

GERARDO CASTRO-CLAUDIO CASTRO S.

ABOGACÍA Y NOTARIADO

OFICINA:

frente a la antigua Casa Presidencial
TELÉFONO 785

HERNAN ZAMORA ELIZONDO

ABOGACIA

Despacha en la oficina del Licdo. Cruz Meza

EMILIANO BRENES G.

ABOGADO Y NOTARIO

DESPACHO:

frente a las oficinas de las Alcaldías

SANTIAGO DURAN ESCALANTE

ABOGADO

Despacho: en su casa de habitación

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

MEDICO Y CIRUJANO

Especialista en las enfermedades de los ojos, nariz, oídos, garganta

Horas de oficina:—de 10 a 12 y de 2 a 5 p. m.
Oficina contiguo al Teatro Variedades

LIBRERIA E IMPRENTA

La más barata

TORMO

La más surtida

GRANDES NOVEDADES EN PAPELERIA FINA

AVENIDA CENTRAL — FRENTE AL BANCO MERCANTIL

¡NO SE IMPACIENTE SEÑOR!
VOY A RETRATARLO CON PELÍ-
CULA 'ENSIGN'

¡NUNCA FALLAN!



SIEMPRE LLEGAN NOVEDADES A

LA TIENDA ROMERO DE GONZALEZ HERMANOS

Acaban de llegar medias de lana negras, lisas, para señoras

FUNERARIA DE Manuel Campos y Hno.

El lema de la empresa es:
Prontitud, Esmero y Educación

La única empresa que cuenta con elementos propios para los servicios de lujo.

SE ATIENDEN SERVICIOS A TODA HORA DEL DÍA Y DE LA NOCHE, DESDE € 15-00 a € 5,000-00.

COMPañIA INDUSTRIAL

“EL LABERINTO”

Pasa de quince mil yardas los driles, cofines, céfiros y mezcilla que fabrica mensualmente y por su inmejorable calidad, perfección y solidez, se vende todo a medida que sale de los telares de la Compañía.

El público puede encontrar estos famosos géneros de algodón y sus renombrados paños de manos, en los siguientes establecimientos:

~ SAN JOSE ~

José María Calvo & Cía., “La Gloria”. — Ismael Vargas C. (Mercado). — Jaime Vargas C. (Mercado). — Enrique Vargas C. (Mercado). — E. Guevara & Cía., “La Buena Sombra” y “La Perla”. Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado). — Manuel Solera & Cía. (Mercado). — Antonio Alán & Cía. — Colegio de Sión. — Colegio de Señoritas. — Etc., etc.

En toda clase de alimentación, lo mejor y más fresco se encuentra en

LA GRAN VIA

LA TIENDA DE MODA

NEW ENGLAND

Acaba de recibir preciosas novedades en corbatas y géneros de seda para señora

INMENSO SURTIDO DE SOMBREROS DE EIELTRO

DELCORE, ARONNE & Co.

TALLER DE FOTOGRAFADO

DE

ROBERTO MONTERO R.

Tramas especiales para ilustraciones y periódicos

Placas para puertas. * Facsímiles

Toda clase de trabajos en cobre, bronce y zinc

AGUA MINERAL NATURAL

SANTA ANA

MUY INDICADA E INFALIBLE PARA LA CURACION
————— RADICAL DEL ESTOMAGO —————

UNICOS CONCESIONARIOS Y DISTRIBUIDORES

ORTEGA Y COMPAÑIA

Anunciándose usted en "Athenea" le será muy productivo.
En el exterior circulan 1.500 ejemplares. ¡¡ Anúnciese !!

ALMACEN Y TIENDA

“LA LUZ”

Cable TOVAC □ Teléfono 344 □ Apartado 658

Recibió y venderá por mayor MANTA INESITA, MANTA DRIL, SOMBREROS DE PITA, LIENZOS, GÉNEROS YUTI, FRAZADAS DE LANA COLORADA, CASIMIRES INGLESES, SACOS AMERICANOS y muchos artículos que sería difícil enumerar.

TOBIAS A. VARGAS C.

ATHENEAE

REVISTA LITERARIA

Precio de suscripción:	
Número suelto.	0.30
Serie mensual (2 números)	0.60
Para el extranjero:	
Número suelto.	\$ 0.15
Serie semestral (12 números)	1.50

Se publica quincenalmente

Director, ROGELIO SOTELA

APARTADO N° 113

N° 7

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 1º DE AGOSTO DE 1920

Tomo IV



Camilo Cruz Santos

a quien dedica *Athenea* este número, publicando trabajos suyos,
enviados especialmente para la Revista

Camilo Cruz Santos

Es un prosador excelente; une la inteligencia a la sensibilidad y tiene así su obra una doble expresión de arte puro. Si para ser poeta se necesita solamente—como pedía Montalvo—belleza, sonoridad y resplandor en el alma, este Camilo sutil es poeta.

La sabia frase de Kabir «sólo comprende aquel que ama» es en él una ley para comprender por el amor los más puros secretos del arte. Enamorado de lo bello, gustador comprensivo de lo bueno, asimila y absorbe allí donde otros no perciben. A esta facultad de *ver* le debe un espíritu crítico admirable. El poema o el cuadro que lo impresionó, es bello sin duda.

En sus prosas tal vez no haya la viva originalidad que urde la fantasía, pero es que en él, por su temperamento, todo se refiere a la forma; sabe que «el fondo es lo que el trozo de mármol en la cantera para el escultor», y va buscando, antes que el trozo para esculpir, las propiedades de una curva. Es un esteta. También él hubiera citado entre los héroes de Platea a Calícrates, por la única razón de haber sido «el más bello de los griegos que combatieron ese día»; y habría redimido al esclavo de Nicias que obtuvo, como Friné,—según refiere Saint Victor—la libertad en el teatro de Atenas «porque había mostrado en el papel de Dionisios tanta belleza como el dios»; y como Fídias grabó en un dedo de su Júpiter Olímpico el nombre de Pantarces, este helenizado habría puesto el nombre de cualquier mujer armoniosa.

Su vida estaría en su marco si hubiera logrado soñar en los días de *la dorada Atenas* que cantó Valencia, «cuando Polignoto cubre de frescos el Pecilo, cuando Herodoto lee en los Juegos Olímpicos los nueve li-

bros de su historia que llevan los nombres de las nueve musas, cuando Hipócrates hace descender la medicina de los arcanos del Templo, cuando Anaxágoras concibe un «espíritu», cuando Sócrates vaga por las encrucijadas lanzando sobre los transeuntes su red de interrogaciones sutiles, cuando las abejas del Himeto vuelan con rumbo a la cuna de Platón».

Un día *Cromos*, la culta revista bogotana, trajo una sorpresa: el triunfo de este amigo, tan maltratado aquí en otros días. Abrió *Cromos* el año pasado un concurso para cuentos, poesía, etc., con premios de 200 pesos para los mejores trabajos. Ya es sabido el prestigio de que goza la culta publicación bogotana; así fue que la pléyade brillante de escritores se acercó a la revista para obtener el triunfo. Noventa y tres contendores hubo en el cuento y de entre ellos merecieron los dos primeros lugares: el señor López de Mesa, notable escritor colombiano, muy celebrado, y nuestro amigo Cruz Santos. El cuento de Camilo tiene además una mención del Jurado, afirmando que «este cuento revela a un escritor de porvenir.» Si se piensa que Camilo es joven y puede trabajar mucho, se esperará sin duda el fruto de una labor definitiva.

Después de su triunfo en los Juegos Florales de Costa Rica en 1914, se vió acechado y perseguido por los insidiosos; y pudo haber vencido a la envidia con la gloria como el griego de las *Vidas paralelas*, pero le faltó ánimo para enfrentarse a esa lucha triste y lo vimos desengañado y nostálgico, hasta que un día tomó rumbo al Sur y se fué a la lejana Bogotá, la legendaria ciudad que encantó sus primeros años y que ha de darle nueva savia a su musa preciosa.

Rogelio Sotela

El hermano menor

—He de hablarte, Juan; debo decirte algo muy confidencial, muy íntimo. Ven, siéntate aquí.

—Te escucho, Alberto. Pero pon una cara que se diría que me vas a reñir.

—A reñirte, no, por qué? Mira, se trata de un asunto trascendental en nuestra vida.

—Ya, ya, por ventura tan enamorado estás que piensas en casarte?

—No, Juan, no es eso.

—No comprendo entonces...

—Ya lo comprenderás. Deja que me explique. Pero antes, dime, no has reflexionado alguna vez en nuestra situación, en este ambiente de holgura, de lujo que nos rodea. Algo tenemos, es verdad, pero ni con mucho para vivir así. Y Alberto recorría con mirar receloso aquellas habitaciones en donde todo pregonaba el bello vivir, la utilidad de lo inútil: tapices, alfombras, copias de Penot y de Chabas, pieles de vicuña, mármoles, muebles de estilo Imperio y más allá, figulinas de porcelana, trípodes, mascarones tártaros, bronce desnudos, cristales de Maruno que semejan el tallo de una flor, rosas rojas en copas de plata...

—Sabes que nunca había pensado en ello?— repuso Juan, dejando de sonreír. No sé cómo se las arregla mamá, pero lo cierto es que no se queja nunca de apuros de dinero y que es ella la que hace que vivamos como vivimos.

—Sí, tienes razón; a los quince años no piensa uno en estos detalles; yo tengo diez y nueve, y quizá hubiese hecho mejor no pensando en ellos; mas es imposible. Tú ignoras los ratos amargos, las noches de insomnio que me cuesta esta sospecha, que me ha llevado muy lejos. No te imaginas cómo sufro al hablarte de estas cosas; pero por crueles que sean, siempre es un alivio suponer que se las conoce, que se las encara.

—Ahora caigo en la cuenta de que desde hace algunas semanas noto algo raro en tu modo de ser; mas atribuílo a desazones de amor y no le dí importancia. Además, vivimos algo apartados el uno del otro, tenemos poco tiempo para cambiar impresiones. Cuéntame cómo nació en tí ese mal pensamiento, que jamás hubiese pasado por mi imaginación, vivo tan entregado a los deportes y adoro tanto a mamá!

—También paso yo mis horas consagrado a los estudios; quiero tanto este hogar nuestro que es para los dos todo en el mundo, que esa negra idea tal vez no hubiera hallado nunca asidero en mí!

Y, tras breve pausa, llena de zozobra para ambos, continuó en voz baja:

—Fué una noche en el teatro. Representaban *Mama-Colibri*, la comedia de Bataille que conoces. Advertí sin querer tales similitudes entre la

protagonista y nuestra madre, hermosa, alegre, frívola; me fuí poseionando de tal manera de la acción que, cuando aquélla, abandonada por su amante, falta de calor, ansiosa de conocer al primogénito de su hijo, enferma de ternura por esa doble maternidad, implora de su esposo el perdón y éste se lo niega, sentí que se me oprimía el alma. Nuestra madre podría ser otra *Mama-Colibri!*—pensé, y un tropel de recuerdos, coincidencias y dudas asaltó mi cerebro. Pensé en el matrimonio de nuestros padres, en su nido sin amor. Papá era viejo cuando se casó con mamá, quien sólo tenía diez y siete años. Parece que fué la suya una unión de conveniencia. La posición de nuestro padre, en fin. Siempre se trataron de «usted»; tú no lo recuerdas, porque éras entonces muy niño; yo sí. Me acordé después... Bueno, es preciso decirlo, de don Gonzalo...

—De don Gonzalo!

—No sé por qué he sentido una espontánea y oculta antipatía hacia él. Lo infiere quizá, porque ya ves que me trata poco, en tanto que te distingue a tí.

—Es más obsequioso conmigo, como soy el menor...

—Es natural. Pues bien, según he podido colegir, su amistad data de la primera época de la boda paterna. Cuando mamá enviudó, hace diez años, esas relaciones empezaron a ser mas estrechas, vino con asiduidad a casa, intervino en cierto modo en todas nuestras cosas. Hombre de mundo, rico y de buen parecer, supo

hacerse agradable, tan simpático, que llegó a ser imprescindible. Ah! ese dinero, ese dinero que gastamos!...

Sobrevino uno de esos silencios en donde comienzan a esbozarse los perfiles de un drama. Un tumulto de ideas encontradas, oscuras, agitaba esas cabezas juveniles. De pronto, como asiéndose a una esperanza, insinuó Juan:

—De algún tiempo a esta parte viene con menos frecuencia, verdad?

—Quizá fuera mejor que siguiera viniendo como antes, —respondió Alberto, hosco, con los puños en las sienes.

—Me asustas. Por qué lo dices?

—Porque así mamá tal vez saldría menos...

Escuchan el fru-frú de un traje de seda y mudan el semblante y la conversación. Elena inunda la estancia de un suave aroma de violetas y desliza sobre la alfombra sus menudas botinas con el donaire de esa segunda juventud de la mujer, llena de encantos.

—Qué formales estáis, dice acariciándoles al llegar.

—Y tú, que guapa, contestó Juan. Sí, mamá, y muy elegante; cualquiera pensaría que tienes pacto con el Tiempo para que no te cause perjuicios...

—Adulador!—responde ella golpeándole suavemente la mejilla.—A ver, contadme qué conversábais. No tengais secretos para mí.

—No te lo figuras? Alberto no sabe hablar más que de su novia, es tan linda!

—Muy bella, sí; pero cuidado caballero con hablar de matrimonio todavía.

—Mientras no obtenga el diploma no pensaré en casarme, contesta Alberto con displicencia.

—Es muy temprano aún; vas a graduarte muy joven.

—Mira mamá, no insistas tanto, que voy a pensar...

—Qué? dí.

—Nada... mamá.

—De seguro, interviene Juan, que tú no te resignas a ser una abuelita bonita...

Elena le da otro golpecito cariñoso en la mejilla, y sonrojándose un poco:

—Quien piensa en eso... maliciosos;

Se vuelve a Juan, le arregla el lazo de la corbata y poniéndole con mimo las manos sobre los hombros:

—Pero si estás hecho un hombre, muchacho! Pareces más alto que Alberto; y muy buen mozo, eh! Pero no vayas a ponerte presumido...

—Tú tienes la cabeza a pájaros! prorrumpen risueños Juan y Alberto.

—Sí, a pájaros...

—Mamá, prosiguió animado Juan, se me ocurre que tienes una cabecita de alondra. Entre los pájaros existe también su aristocracia: la alondra es una marquesa, una marquesita de blanco o de gris, con ojos de granate y labios de rosa, que cuando salta por los jardines parece que se encamina a una cita del *Petit Trianon*.

Elena ruborízase de nuevo y fingereir.

—Loco! En donde has leído eso? Basta de tonterías. Me voy, me voy; tengo que hacer unas visitas.

—No te vayas, mamá, quédate a tomar el té con nosotros.

—No puedo, Juan, me esperan; otro día; mañana. Y, ahora que recuerdo, cómprame un vals bonito para piano, que acaba de llegar. Se llama... Espera; si Gonzalo me ha dicho el nombre... Sí, sí, creo que el título es *Pourquoi baiser les yeux?* No lo olvides. Adiós!

Se perdió en el vestíbulo el eco de sus pasos. Al sentirse otra vez solos frente a la verdad, los primeros momentos fueron de callada angustia.

—Has comprendido, Juan? Lo de siempre: va a casa de ese hombre. Esto es horrible; ya no puedo más!

—Ah! Lo comprendo todo, todo! Estas salidas de mamá; aquellas sonrisitas malévolas de los conocidos, no eran sólo envidia, no. Pero qué hacemos?... Qué se podrá hacer, Alberto?

Este, tras corta vacilación, estalla:

—Matar a ese hombre! Yo lo mataré!

—No, eso no, sería un escándalo.

—Lo escandaloso es nuestra situación, es esto que ignorábamos y que ya debe saber todo el mundo.

—No Alberto, no hagas eso; truncarías tu carrera; recuerda los triunfos en las aulas; los profesores dicen que tienes un magnífico porvenir. Y, sobre todo, pobre mamá!

—Soy el mayor; es a mi a quien toca reivindicar la honra de mi padre y la nuestra. Renunciar ese de-

ber sería cobarde, sería un desdoro más.

Juan no replica. Pero allá en el fondo de su cerebro, exaltado y febril, piensa: «si me adelantara a Alberto?...»



Como casi todos los días, Elena salió aquella tarde antes de las cinco. Juan la siguió de lejos, guardando apenas las distancias, abstraído tropezando aquí y allá con los transeuntes como un sonámbulo. Cuando su madre iba a llegar a la casa a donde se dirigía, Juan avivó el paso, con un deseo súbito de llegar cuanto antes, de llegar a tiempo, y entró en pos de ella.

Don Gonzalo esperábala leyendo.

Revólver en mano, con la faz conurbada del que va a matar, penetró el joven en la habitación. Elena, desasiéndose de los brazos que la aprisionaban, tendió los suyos hacia él en un equívoco ademán de orden y de amparo.

—Juan, qué vas a hacer?

—A vengar a mi padre.

—A tu padre... Sabes tú, acaso...

—Elena! interrumpió don Gonzalo.

—Infame! rugió Juan y se abalanzó hacia él.

—Oh! no, exclama Elena, y arrojándose sobre Juan, le abraza, le estrecha contra su seno, y, sollozante murmura a su oído:

—Es el único a quien he amado en la vida, es... tu padre, hijo mío!

El brazo que estrujaba el arma fué cayendo a lo largo del cuerpo como una ala.

Don Gonzalo de pie, inerme, había escuchado en silencio.

Desde su refugio, Juan alzó aun el rostro hacia él y vió en sus ojos una afirmación y en los labios una palabra que pugnaba por salir. La madre fué llevándole amorosamente hasta el sofá. El, de rodillas, hundida la cabeza en el blando regazo maternal, suplicaba:

—Perdóname, mamá, perdóname!

Elena dirigió al hombre que estaba al lado una mirada honda, definitiva, y aquel mundano supo leer en ella, que esa mujer había dejado de ser suya, que no lo sería nunca más. Entre los dos había concluido todo; todo, menos el pasado, que estaba allí, en el hijo, imperioso y rotundo. Y se alejó.

La madre en tanto hundía sus finas manos entre los cabellos alborotados de Juan; manos de dorsos pálidos y rosadas palmas, adorablemente hechas para el beso del amante y para la caricia del hijo.

La gloria

Fue cuando el poeta estaba en plena celebridad.

Su vida en un barrio aristocrático de la gran capital, lejos de las grandes mareas humanas, del sordido bullicio de los negocios, ofrecía suntuoso asilo a aquel hombre que antes de los treinta años había logrado cuanto puede hacer noble y grata la vida.

Allí vivía solo.

Circundado por una verja de piedra y hierro el amplio jardín inglés rodeaba la casa, y un surtidor caía sobre el blanco tazón de mármol en donde un Cupido estrangulaba a un cisne.

León no era hermoso; mas su color mate, sus ojos, sus finas manos hubieran bastado para gustar a las mujeres, si no hubieran sido perennes sus versos.

Era un epicúreo. Heleno y versallesco, adorador y creador a la vez de la belleza multiforme, había suscitado en sus poemas todo el sereno encanto de los dioses, de las ninfas, de los centauros, de las citas galantes, de las marquesitas empolvadas. Las fábulas de la Mitología y las crónicas del Trianón habíanle brindado inexhausto arsenal.

Amaba todas las cosas y a la mujer sobre todas las cosas. Sus manos y sus labios conocían las caricias más sabias. No cantaba el vino, pero sabía paladearle anacreóntica-

mente. Con menos genio quizá hubiera sido feliz.

Envuelto en una bata de paño gris que sujetaban apenas unos gruesos cordones de seda, fumaba y leía. Es decir, releía por la centésima vez los versos de Teodoro de Banville. Una rara edición de piel de Suecia que le recordaba a su amiga la condesa. Seducíanle los matices mórbidos, las quintas esencias, los esmaltes, todo lo que hay de refinado artificio en la obra perfecta de ese gran señor del arte francés. Y sentía no sé qué indefinible fruición al pensar que él y sólo él, sirviéndose de instrumento menos dúctil, había logrado imitarle y aún superarle. A veces la recóndita armonía de una estrofa del maestro, traía a su oído el recuerdo de otra suya, tal como un motivo musical llama a otro. Entonces el poeta entrecerraba los ojos y una delicia infinita, suprasensual invadía todo su sér.

De pronto vino a sacarle de su ensimismamiento el ruido de un carruaje que detuvo a la puerta de la villa. Desde su despacho, al través de la ventana, vió el soberbio tronco. Dos bayos de pura raza. De un cupé bajó una elegantísima dama. Empujó la puerta de la verja y penetró en el jardín. El carruaje regresó a la ciudad.

La visita principió a intrigarle y siguió con la mirada la marcha apre-

surada de la dama por las enarenadas callejuelas hasta la gradería. Allí se detuvo un instante. Subió después con agilidad los escalones y penetró decididamente en el vestíbulo.

El ayuda de cámara le salió a su encuentro.

—Quiero ver al poeta, dijo.

—Pase usted al salón, señora. El señor no puede recibirla ahora.

—No importa. Quiero verle en seguida.

—Imposible en este momento.

Ella hizo un mohín y con aire de gran señora entró por la entreabierta puerta del despacho, que cerró al entrar.

León se incorporó.

—Señora...

Ella sonreía de su estupor. Su belleza era radiante.

—Soy la musa que viene a visitar al poeta, y desciñendo el abrigo de raso y pieles dejó entrever nieve y rosas...

Sí, no sois mi musa que viene a visitarme; nó, sois la Gloria. Y, créedme, señora, que ningún laurel me es tanpreciado como éste. Conquistar con el efímero prestigio de mis versos—aun cuando sólo sea por una hora, por un minuto no más—, el amor de una mujer como vos, es un triunfo supremo, como no lo soñé nunca. Todo lo demás paréceme vano y fútil. Os seré deudor de la mayor dicha de mi vida.

Y, presa de una ternura súbita, con una infinita delicadeza, como si temiera ver desvanecerse la apari-

ción de entre sus brazos, la besó en los cabellos.

—Cómo queréis, pues, que os llame?, añadió luego.

—Llamadme, Alma, tal hubiera sido mi nombre si me hubiera sido dado escogerlo.

Así pasaron aquellas horas de pasión en que «el poeta» y «el poema» compenetraron su sangre y sus almas hasta lo indecible.

Era aquella, en verdad, una mujer extraordinaria. Más aún que por el imperio de su beldad por el prolijo cultivo de su espíritu.

Iniciada en el amor de las cosas helenas y sabedora ya de que las gentes del Atica nos legaron una fuente perpetua de gracia y de serenidad, había dado pábulo a la curiosidad indomable de su fantasía con toda clase de lecturas, de pinturas y de estatuas. Para ella lo griego era lo perfecto, lo eterno, lo único. A habérselo permitido su condición hubiera llevado por las calles en vez de los tacones Luis XV y el traje de Paquín, las sandalias y el peplo.

De todo esto hablaban ahora blanda y finamente, junto al blanco tazón de mármol en donde un Cupido estrangulaba a un cisne.

—Un símbolo?—inquirió ella mirando risueña el grácil grupo, mientras acariciaba las manos del poeta.

—Quizá...

—No y no—repuso ella suavemente,—el amor no puede matar a la poesía que es su dulce hermana. No, esa no debió ser la intención del escultor, sería absurdo.

—Sí, Alma, teneis razón; no es ese el símbolo ciertamente; es sólo un capricho de artista, que carece de sentido.

Recordais a propósito lo que insinuía vuestro D'Annunzio:

«Poi che nessuno amore humano apaga»...

Ya veis, León, cómo más bien es el poeta el que aniquila a veces el amor para que el Arte sólo le posea?

Hubo un breve silencio. Al fin advierte ella, como tratando de desecher un vago temor que la intimida:

Debo irme esta tarde. El coche no debe tardar. Tal vez dentro de media hora no estaré ya aquí.

El la miró sorprendido.

—Cómo! tan pronto os vais?

—Sí, es preciso, debo estar esta noche en casa, no podría justificar mi ausencia por más tiempo.

El retorno a la realidad sacudió a León bruscamente.

—Y cuándo volveréis? Cuándo?

—Jamás.

La tremenda palabra estalló como un obús.

—Oh! esto ha sido solo un sueño. Creédme que me haceis desgraciado.

—Los hombres olvidais tan fácil-

mente. Habéis nacido para la mutabilidad, para la brega, para la gloria, ellas os embriagan y dominan.

—La Gloria sois vos, Alma.

El ruido de un vehículo interrumpió el diálogo.

Ella se dispuso a partir. El la ofreció unas rosas, y después, lentamente la acompañó hasta la portezuela. Allí insistió en la demanda angustiada:

—Cuándo os volveré a ver?

—Ya lo sabéis, nunca. He satisfecho un loco desea. He sido vuestra y habéis sido mío. Ahora debo viajar, irme muy lejos, tal vez para siempre.

—Le aturdía esta amenaza, y él arguyó:

—No juzgais aventurada esa palabra, tratándose de vos y de mí?

—Estoy segura de que no os volveré a ver. Quiero que ignoréis mi nombre y mi historia.

—Alma, apiadaos. Decidme vuestro nombre y os buscaré hasta el fin del mundo. Decídmelo, imploraba asiéndole las manos con vehemencia...

—Es inútil. En la vida sólo se vive un día en perfecta belleza...

El coche partió.

A nuestros anunciantes

Para lo sucesivo, hemos conferido poder especial a don Víctor Castro J. para que se entienda exclusivamente con la sección de anuncios. Suplicamos, pues, a nuestros anunciantes tomar nota de esta disposición para que sean mejor atendidas sus órdenes.

El beso de la Esfinge

— ... Reparad, señor de Salcedo, en que esos rusos no llegan nunca. ¡De buena gana pondría yo alas en los pies de los regimientos del Czar! —repuso Alicia, sacudiendo los rizos castaños que le caían sobre la nuca.

— Los rusos son tardos en movilizarse, pero son recios en el combate. Napoleón decía...

— Iba a interrumpiros; continuad.

— Sí; Bonaparte decía: «al soldado ruso hay que matarlo y... empujarlo después para que se caiga!»

— Oh! no lo dudo; pero me angustia tanto pensar que los prusianos pueden sitiar y destruir a París.... París no es sólo de los franceses; París es también algo de todo el mundo; algo nuestro; todos tenemos un derecho allí...

— Es verdad, hermosa niña. — dijo en extremo complacido el diplomático.

Hubo un breve silencio.

— Si no me equivoco, habéis estado en Rusia — insinuó doña Clemencia, la señora de la casa, que seguía con atención el diálogo entre su hija y don Eugenio de Salcedo.

— Estuve dos años en San Petersburgo, como Secretario de la Embajada. Dos años que no olvidaré nunca.

— Don Eugenio — exclamó Alicia con vivacidad, — contadnos algo de ese país tan frío y lejano, de ese Imperio en donde las mujeres tienen nombres tan lindos: Olga, Vera, Ir-

ma, Fedora... Qué dicha llamarse así!

— Las rusas son más bellas que sus nombres; os lo aseguro.

— En los ojos garzos de Alicia encendióse una inquieta alegría.

— Tan bellas son?

— Su belleza no tiene rival en el mundo. Cuando en el Bosque de Boloña hay una nujer que arrastra todas las miradas, con seguridad que es una rusa, o que ha nacido en Nápoles.

Unas son esbeltas, ágiles, tienen cutis de nácar, cabellos de oro pálido y ojos de esmeralda. Otras tienen profusas cabelleras de ébano, el color mate y ojos como los vuestros...

Alicia hizo un mohín adorable, e inclinando un poco el fino busto sobre la mesa, insinuó una súplica:

— Referidnos alguna de vuestras aventuras en aquel país de las estepas misteriosas, en donde, según decís, son tan bravos los hombres y tan bellas las mujeres. Alguna aventura...

— Tienes diez y ocho años y eres más curiosa que una colegiala — interrumpióla doña Clemencia, en tono de amable reproche.

— Tienes razón, mamá; pero, ¿qué quieres? — replicó Alicia sonriendo — estoy casi cierta de que nuestro amigo ha tenido en Rusia la más original de sus aventuras galantes... ¿No es así señor diplomático?

Don Eugenio retorció el sedoso

bigote negro y subrayó la respuesta con una sonrisa equívoca de hombre de mundo:

—Y si yo os dijera que no fué en San Petersburgo, ni en Viena, ni en París, en donde tuve el lance más original de mi vida?

—¿Acaso en Tokio, o en Bombay?

—No acertáis aún.

—Os ruego que lo digáis, porque me muero de curiosidad.

—Pues bien: aquí!

—Aquí? — protestó Alicia, entre sorprendida y contrariada, como si temiera ser objeto de una burla.

—Sí, encantadora Alicia: aquí en nuestra pequeña capital, en este «santuario de almas»...

* * *

Era la hora de la sobremesa. La doncella—una ficha de dominó, con su delantal blanco sobre el trajecito negro—puso el servicio de electro plata y las tacitas de porcelana de Sajonia en que humeaba el café. Sobre el niveo mantel esfumábanse, como los fondos claros de una acuarela, los reflejos del búcaro azul colmado de crisantemos.

El diplomático encendió un cigarrillo turco, cruzó después una mirada con doña Clemencia, y, alentado por ella y por el ambiente propicio de aquella discreta intimidad, comenzó a referir la peripecia más original de su vida de salón.

—Hace unos catorce años derrochaba magníficamente mi juventud y la herencia de mi padre. Era fan-

farrón y fatuo y hacía el amor a todas las mujeres; tenía vocación para la vagabundería y pensaba dedicarme a la diplomacia...

—Os calumniáis atrocemente, señor de Salcedo.

—Dejad, señora, que a mi manera, me haga justicia retrospectiva.

Alicia envolvió en una mirada escudriñadora a aquel hombre tan elegante y viril, que cuidaba con igual esmero de sus corbatas y de sus palabras, y le hallaba profundamente simpático. Pero lo que más la atraía era su manera de decir, el timbre de su voz, suave y firme, que parecía que acariciaba y ennoblecía las ideas.

Entre mis amigas de sociedad—continuó don Eugenio de Salcedo—había dos que me atraían de diverso, pero irresistible modo. Pasaban meses y no sabía por cuál de ellas decidirme. (No os contrariará que las llame por otro nombre, pues ambas viven todavía). Gladys me atraía por su belleza clásica de líneas puras. Era una muchacha de un escepticismo jovial, aficionada a la ironía; suspicaz e impenetrable.

La que he llamado Inés, era fina, espiritual, apasionada, con grandes ojos negros... Y yo me pasaba horas y horas cavilando, sin acertar a decidirme.

Ninguna de las dos sospechaba mi interés por la otra, pues era diestro en guardar apariencias y no tenía necesidad de fingir, porque estaba de veras enamorado de las dos muchachas. Es decir, tan enamorado

como puede estarlo un mozo calavera a los veintitrés años.

—Parece inverosímil—dijo Alicia con ingenuo asombro—; cómo es posible amar así, con igual pasión, a dos mujeres tan distintas? Yo al menos, no podría...

—Las mujeres—intervino doña Clemencia—somos menos complicadas que los hombres, y cuando amamos de verdad, que es casi siempre, nos parece que nuestra alma y nuestro corazón y nuestra vida toda, son poco para ofrendarlos al objeto amado. Una es así... los hombres... son los hombres, hija mía.

La viuda suavizó sus palabras con un gesto dulce de amargura resignada.

Las miradas de Alicia, en divorcio de su pensamiento, revoloteaban, ora sobre la gardenia del smoking, ora sobre el camafeo de la sortija antigua que don Eugenio llevaba en la mano en que sostenía la boquilla de ámbar.

El diplomático reanudó:

—Os aseguro con toda la franqueza de que soy capaz, (y bien sabéis que siempre tengo la sinceridad del momento), que a la sazón amaba, o creía amar, tanto a Gladys como a Inés, y que esa alternativa me tenía perplejo.

Fiel a mi consigna, una noche de baile cortejé disimuladamente a mis dos amigas y bailé con ambas, sin que ninguna tuviera motivo para sospechar mis infidelidades con la otra.

Conocéis esa... cómo diré?... esa

tolerancia tácita que se establece en algunos salones de baile después de la una de la madrugada? La rígida etiqueta se humaniza un poco y, a veces, los novios se atreven a ciertas cosas...

De regreso del comedor, en donde tomamos una copa de champaña, Gladis, Inés y yo, a quienes la casualidad había reunido, nos refugiamos en un gabinete contiguo a uno de los salones, y en un delicioso *tête a tête* empezamos a hacer los inevitables comentarios, a desollar al prójimo... Una franca alegría de vivir dábanos agilidad espiritual y las frases eran chispazos. La orquesta preludió un vals. Nos pusimos de pie, y apenas habíamos dado dos o tres pasos, cuando se apagó la luz eléctrica. Quedar a oscuras y abalanzarse sobre mí y besarme una de las dos compañeras, todo fué uno.

—Un beso!—dijo vivamente Alicia.

—Sí; fué un beso silencioso y rápido, casi un mordisco sensual.

Permanecí algunos segundos como alhelado; después oí rumor de voces y de risas en las galerías; ya más dueño de mí, logré encender un fósforo; cuando llegábamos a la puerta del salón volvió la luz.

Ah! nuestro alumbrado eléctrico es célebre; pero el de Madrid no debe serlo menos, porque los saineteros han usado de este recurso que, en realidad, se presta a situaciones cómicas.

—¿Y después?

—Un caballero se acercó a Gla-

dys para reclamar la pieza inscrita en su carnet. Inés bailó conmigo; sin que pudiera advertir el más ligero indicio de que fuera ella quien me había besado.

Al meterme en la cama aquella famosa noche reconstruí la escena y volví a preguntarme: cuál de las dos fué?

Durante esas horas de insomnio y en las noches siguientes, mi aca-lorada fantasía formuló todas las hipótesis imaginables y las más pe-regrinas teorías psicológicaa, sin que acertara con la solución del enigma.

Confieso, sin embargo, que tenía como un vago empeño en que la del beso fuera Gladys, por lo mismo que me parecía casi imposible que esa mujer-esfinge me hubiera besado. Decididamente (pensaba), es Gladys; sí, ella. Las mujeres escépticas con mayor facilidad se dejan arrastrar por un capricho momentáneo...

Resolví hacerle una visita. Me recibió con su distinción habitual; pero tan serena e impenetrable como siempre, y fracasaron todas mis tentativas para sorprender alguna re-mota alusión a lo de aquella noche. Cuando me despedí, lo más tarde posible, tenía la convicción de que Gladys era «inocente», y fui a ver a la otra, a la «culpable»...

Envalentonado con mi certidumbre y con la semioscuridad del saloncito rosa en donde me recibió Inés, cambié de táctica y encaminéme derecho a mi objeto. Tras algunas frases triviales, me acerqué más a ella, y le dije brutalmente:

«La amo como no he amado jamás a ninguna otra mujer: Es inútil que usted finja más. Sí, estoy seguro: tú, tú fuiste la que me besaste aquella noche!... Nunca he sido besado así: deja que te...» Y traté de besarla. Ella se irguió indignada, furibunda, y con el gesto de una romana de los buenos tiempos, me señaló la puerta.

Salí. Aquello era atroz. No era clla! La mujer que me había arrojado de aquel modo, no era, no podía ser la que me había besado en el baile. Y la conciencia de mi imbecilidad aumentó mi aturdimiento.

—No era Gladys!

—No era Gladys; tampoco Inés, cuál, entonces? En mi cerebro enardecido se confundían las hipótesis con los hechos; sólo quedaba en pie uno, positivo, evidente: que una de las dos me había besado aquella noche. Pero... cuál de ellas?

En esto último no he dicho toda la verdad; porque hubo momentos en que empecé a dudar de si habría sido víctima de una alucinación. Entonces cerraba los ojos y volvía a reconstruir por la centésima vez la escena... No, no, aquello no había sido una ilusión! Era algo real, algo que al morder mis labios sacudió violentamente mis nervios.

El narrador hizo una ligera pausa, y concluyó:

—Poco tiempo después me fui a Europa, sin que me hubiera sido dado despejar la incógnita. Todavía hoy me pregunto: la del beso fué Gladys o Inés?...

Doña Clemencia torturaba el marín para resolver el enigma, sin atreverse a decir su opinión. Alicia sí: no pudo dominarse y prorrumpió con mucha travesura:

—Qué caso tan curioso y qué a propósito para escribir un folletín!.. Se me ocurre un desenlace:

«Entonces don Eugenio de Salcedo, decepcionado ante aquel jeroglífico, tomó por testigos a todos los dioses de que sólo se casaría con la mujer que le había dado aquel beso...

Y ha cumplido su juramento!»

Qué tal?...

El diplomático sonrió con infinita ternura a Alicia y la dijo con el ademán de quien toma una decisión suprema:

No está bien ese final, porque el protagonista va a quebrantar su juramento...

La viuda también sonreía; era el suyo un benévolo sonreír de futura suegra pacífica...

José Eustasio Rivera

Si, como hase dicho en frase docta y célebre, «el suelo de Colombia es estéril para la simiente de la arbitrariedad», es a toda hora fértil para los líricos renuevos. Su ubre materna, jamás in exhausta, para decoro de la lengua y galardón de la raza, prosigue indefinidamente nutriendo bellas generaciones de felices.

Arboleda, primero, después Pombo, Silva luego, Valencia ahora, no muy tarde Rivera, el claro cetro de la Armonía va de unas a otras manos ungidas en robusta sucesión interminable.

De entre el grupo de los elegidos a quienes el estético varón de la Héladecoronaría de rosas y ahuyentaría de la República, ninguno parece hoy más apto para presidir el áureo trono, que Rivera. Es poco lo que sabemos de él—labora en el recato,—pero es óptimo. Calladamente acopia para la futura supremacía maravillosas preseas.

Su volúmen *Tierra de Promisión* y su teatro, que tal vez aparecerán en breve, suscitarán una nueva etapa en nuestra literatura: la etapa de Rivera. Preságialo así la ya presentida majestad de sus dramas y la madura perfección de sus sonetos, que comportan el sello inequívoco de los maestros modernos, Herrera Reissig, Valencia, Lugones, Darío.

Para buscar adecuados puntos de similitud, más bien habría que remontarse hasta los artifices bizantinos de *Los Trofeos* y de *Las flores del Mal*, porque si en el verbo es Benvenuto, Rothschild en la rima, en el epíteto es Pontífice y Rey.

De los dos sonetos que hoy nos place ofrendar a los amigos de *Athenea*, no sería dable afirmar que sean los mejores de Rivera, mas sí que cuentan entre aquellos que los avistados más celebran.

Camilo Cruz Santos

Tierra de promisión

Atropellados, por la pampa suelta,
los raudos potros, en febril disputa
hacen silbar sobre la sorda ruta
los huracanes de su crin revuelta.

Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y bruta
cimbran los pindos y la palma esbelta.

Ya cuando cruzan el austral peñasco
vibra un relincho por las altas rocas.
Paran entonces el triunfante casco,
resoplan, roncós, ante el sol violento
y alzando en grupo las cabezas locas
oyen llegar el retrasado viento.

Mágicas luces el ocaso presta
al ventisquero de bruñida albura,
y junto al sol que en el cristal fulgura
arbola un ciervo su enramada testa.

Al yerto soplo de la cumbre enhiesta
arisco frunce la nariz oscura
y en su relieve escultural perdura
un lampo rosa de la brava cuesta.

Súbite, en medio del granate vivo
infla su cuello, bramador y altivo;
con ágil casco las neveras hiende
y sobre el bloque rutilante y cano,
como la zarza del Horeb, se enciende
su cornamenta en el fulgor lejano.

José Eustasio Rivera

Notas que agradecemos

Rogelio Sotela. Valores Literarios de Costa Rica.
Imprenta Alsina. San José, C. R., 1920. 4° 396 p.

El señor Sotela ha hecho una valiosa antología de escritores y poetas costarricenses, que tiene el doble mérito de ofrecer especímenes de las producciones de esos intelectuales y de dar reseñas biográficas y datos históricos del desarrollo de la literatura en la República hermana. Se duele el compilador del desconocimiento que hay de los literatos de su país. Por la falta de comunicaciones, por las dificultades de impresión y difusión de obras literarias, ese desconocimiento es el mismo que sufrimos y lamentamos en toda la América. Nos ignoramos, y esto es un mal para todos.

Son útiles, necesarísimas las obras como la del señor Sotela, en la que halla el lector un numeroso grupo de escritores, una gran cantidad de artículos y poesías y muchas noticias y observaciones acerca de los que en el pasado y en el presente han dado fama de culta a Costa Rica.

Enrique Gay Calbó

Cuba Contemporánea, Julio de 1920.

Señor don Rogelio Sotela

Querido Amigo:

Doy mil gracias por el envío de los libros de Alvarado, Albertazzi y Soler. Pero no recuerdo haber recibido la obra *La Senda de Damasco* aunque la tenía apuntada no sé de que revista. Envíemela y juntamente su nota bibliográfica y la de cuantos hallan publicado algo por ahí. Tampoco llegó la revista que dice está a su cargo y que me vendrá muy bien para seguir al día la literatura costarricense. Bibliografía con fechas de toda clase de libros es lo que más falta me hace.

Los *Anales del Ateneo* de los que tengo algunos números sueltos, me vendrían muy bien. Para acabar la *Historia de la Literatura Castellana* sólo faltan tomitos de 300 y pico de páginas cada uno y pienso se publiquen este año. De modo que me corren prisa los datos.

Cuanto guste en este Ateneo de Madrid su afmo. amigo,

Julio Cejador

Señor don Rogelio Sotela

San José de Costa Rica

Distinguido compañero:

Recibí su precioso libro y su amable carta: el primero me puso en contacto con un noble poeta, y la segunda con un cordial y simpático amigo. Al poeta de *La Senda de Damasco* envío mis felicitaciones y el cariñoso homenaje de mi libro *Parábolas*; al amigo mando mis mejores saludos y un poema inédito para la revista *Athenea*. Al joven grupo que redacta esta interesante publicación, va mi aplauso afectuoso.

Con mis felicitaciones reciba un apretón de manos y las seguridades de mi estimación.

Enrique González Martínez

México.

Antes de las comidas tome usted

Pavo Real Punch

Bebida ideal por su exquisito sabor.

Agente General:

MANUEL ORTEGA hijo



CONSTRUCCION Y REPARACION DE EDIFICIOS

LUIS VASQUEZ Q.

tiene el gusto de ofrecer sus servicios en toda clase de trabajos que se relacionen con la construcción y reparación de casas y edificios. Cuento con atestados que acreditan mi honradez y la economía que se obtiene al encomendárseme un trabajo. Cumplimiento en todo lo que se me encargue.

También puedo suministrar toda clase de planos.

EL MEJOR TRABAJO CON EL MENOR COSTO

ACORAZADO ESPAÑA

ESTABLECIMIENTO DE LICORES Y ABARROTES

Al comprar usted una libra de cualquier artículo, no cabe duda de que se obtendrá una libra completa. Cada libra es pesada con sumo cuidado y se asegura no sólo que se obtiene una libra sino un poco más. Que esté satisfecho el cliente es el lema de este establecimiento. Compare la calidad de nuestros artículos y precios con la calidad y precios de otros establecimientos.

ESPECIALIDAD EN CAFE MOLIDO

PAULINO GONZALEZ Propietario

TELEFONO 328

APARTADO 1031

COLEGIO MONTERO

Con Internado (vida de hogar)

Kindergarten, Educación Primaria: los certificados que expide el Colegio en esta Sección tienen valor legal. Educación Práctica Superior Complementaria. Sección Comercial diurna y nocturna. Se enseña Inglés en todos los grados. Clases especiales: Música (violín, piano, etc.), Inglés, Contabilidad, etc., etc.

Pida prospectos - Teléfono 1646 - SAN JOSE, Costa Rica

CERVEZAS, MALTA,
KOLA Y LIMONADA

TRAUBE

MEDALLA DE ORO EN LA
EXPOSICION NACIONAL

La fábrica mejor
acondicionada
= = del país = =

HAGA SUS PEDIDOS A
TRAUBE

LA LONJA

— SAUMA & CASTRO —

Surtido completo de abarrotes y artículos del país
Ventas sólo por mayor - Frente al lado Norte del Mercado

TELEFONO N° 756. - SAN JOSE. - APARTADO N° 523

¡¡ ATENCION !!

EN LA CARPINTERIA Y EBANISTERIA DE
AURIEL GALLARDO A.

sita frente a LA VIÑA (Parque Morazán), se hacen muebles en todos los estilos a precios módicos. Especialidad en marcos y repisas. ¡Sírvase hacernos una visita

☞ Y SE CONVENCERA DE LO CIERTO ☜

EBANISTERIA DE ENRIQUE GOMEZ COTO

☞ ☞ CIEN VARAS AL SUR DEL KIOSKO DEL PARQUE DE MORAZAN ☞ ☞

En este taller se hace toda clase de trabajos artísticos, a precios módicos

Ejecución de repisas y se venden cuadros

Sírvase pasar por nuestros talleres para que lo conozca y se cerciore de la verdad

“LA EXPRESS”

Frente a ROBERT HERMANOS

Acaba de recibir un gran surtido de novelas, entre ellas

EL CONDE DE MONTECRISTO y EL AMOR DE LOS AMORES

Artículos para señoras y niños

OBJETOS PARA TOCADOR

JUEGOS DE ROPA INTERIOR PARA NOVIAS

Todo de los últimos modelos de Europa, a precios especiales de venta
LUGAR DE VENTA: 125 varas al Sur de la Imprenta Alsina

J. PRIMITIVO ZAPATA

ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos
LO MEJOR EN CENTRO AMERICA

FRENTE A LA IMPRENTA GREÑAS
225 varas al Sur del Banco de Costa Rica

EL MEJOR ALMACEN

DE

FERRETERIA

Está situado 200 vs. al Norte
:: del Parque Morazán ::

Es donde puede usted
comprar más barato

LO ATENDERÁ

D. GUILLERMO ECHEVERRIA

ELIAS MUÑOZ V.

RELOJERIA

PLATERIA :: OPTICA

Reparaciones garantizadas

en

RELOJES Y ALHAJAS

OBJETOS PARA REGALOS

El nuevo local está situado
frente al Hotel Europa,
diagonal a Robert Hermanos

TINTORERIA DE CARLOS PERALTA

CUESTA DE MORAS

ESPECIALIDAD EN NEGRO

La preferida por las personas de buen gusto

PRECIOS MUY BAJOS

Teléfono 218

San José, Costa Rica

CONCURRA USTED AL
TEATRO TREBOL
EL FAVORITO DEL PUBLICO

SOMBRERERIA
LA ESTRELLA DE ORO

★
PALOMO y VILLARREAL
PROPIETARIOS



Ofrecen al público y a su numerosa clientela
una variedad de sombreros llegados de Italia.

Calle del Paso de la Vaca. 50 vs. al Norte del Mercado

¡Lea estas líneas con cuidado!

Aumente usted sus ventas por medio
del anuncio; es el mejor agente y el que
le envía infinidad de compradores. Mu-
chos que no se anuncian no aprecian el
perjuicio que ocasionan a sus intereses.

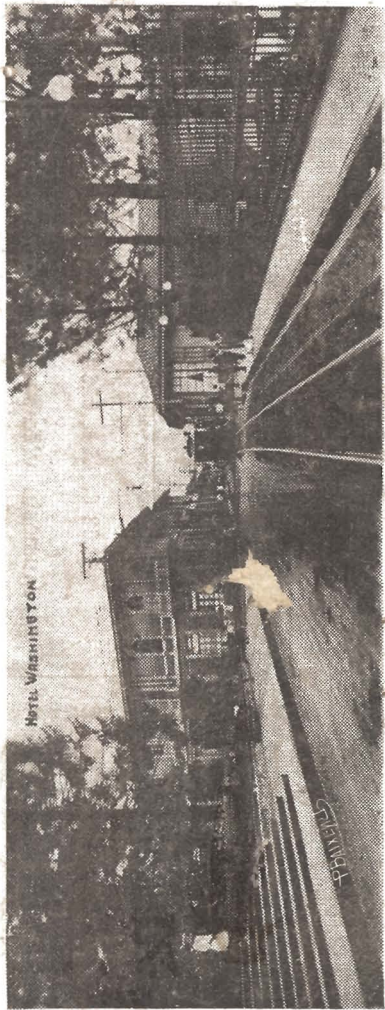
VALORES LITERARIOS DE COSTA RICA

DE ROGELIO SOTELA

En este libro se estudian cinco épocas de
la vida literaria de Costa Rica, desde los
precursores hasta los jóvenes de hoy.

La Librería de Trejos Hnos. tiene la venta al por mayor

ESTA EN TODAS LAS LIBRERIAS



First Class Hotel

(Entirely New.)

Excellent Cuisine

(French)

All rooms with private bath and running water hot and cold. Automobile Service to and from trains.

English Spoken
On parle Français

HOTEL WASHINGTON

* Apartado de Correos 479. - San José, C. R. Teléfono 173. - Administrado por su propietaria M. DE LA PRADA. - Único de primera clase en el país. Dormitorios confortables con baños de agua caliente y fría. Cuartos apropiados para agentes viajeros. Cocina francesa, americana y española.

 **Se habla francés, inglés, español, alemán e italiano** 